

La Casa de Teruel en Zaragoza visita el Maestrazgo Turolense

Siguiendo esta costumbre nuestra de ir redescubriendo pueblos y comarcas turolenses, el día 24 de mayo de 1992 la Casa de Teruel llevó a cabo una excursión al Maestrazgo Turolense, visitando los pueblos de Castellote, Mirambel, Cantavieja, La Iglesuela del Cid, Mas de las Matas y Calanda.

Una apretadísima jornada, que llevó a 65 viajeros, turolenses de la Casa y simpatizantes de Zaragoza, por esta maravillosa ruta, para hacer las delicias sobre todo de quienes no conocíamos estos pueblos y sus paisajes, de una historia riquísima, reflejada en los pueblos y sus entornos rurales.

Una orografía impresionante, donde la mano del hombre ha dejado una huella indeleble y permanente, para mostrar al visitante una historia pasada ejemplar indiscutible, donde tan solo el amor a una tierra tuya, a una comarca, a la obediencia, el sacrificio y el tesón, fueron capaces de legar semejante testimonio de la grandeza de espíritu y abnegación al trabajo que debió correr pareja entre señores y criados. De otro modo no se entiende muy bien ese descomunal esfuerzo humano.

Y si no se entiende del todo para tiempos pretéritos, en que se fue capaz de crear semejante hábitat, en lo que sin duda constituyó una comarca con identidad y recursos propios de subsistencia con lo que poder hacer frente a tanta adversidad como debió existir, se entiende mucho menos que en la actualidad, en una actualidad tan rabiosamente agresiva y dinámica, tan llena de buenos deseos por conservar identidades con las que poder comprender bien el pasado que permanece semifosilizado, no seamos capaces de reparar las veredas por donde transcurrió aquella riada de ingenuidad creadora, imaginativa y mejorar los caminos abiertos, para que fluya por ellos de nuevo la vida, en peregrinación al menos a tantos y tantos lugares de esa bellísima y grandiosa comarca, auténtico santuario de la fe y la cultura universalista de este Aragón, que parece no tener retorno ni encontrar futuro.

Castellote y Mirambel

En nuestro apretadísimo horario del día vimos un poco Castellote, que aparece tras ese túnel prodigioso que profana la intimidad de su montaña. Bellos edificios viejos y modernos, iglesia y

ermita antiquísimas, de portadas enormes y allá arriba los restos de lo que sin duda sería su gran castillo inexpugnable. No da más de sí la mañana y tras almorzar salimos dirección Mirambel.

No podemos añadir nada que no se haya dicho ya de Mirambel, pueblo limpio y bello, que recibiera tan merecido premio un no lejano día. Sin embargo nos da la impresión de que no existe una gran actividad para recuperar toda su belleza y encanto pasados en todos sus rincones, que bien se lo merecen.

Cantavieja

Y siguiendo la sinuosidad de una carretera de vértigo avistamos Cantavieja allá arriba, casi en el cielo, impresionante, ¿dónde dicen que hay casas colgantes...?

Cantavieja respira un aire más modernista y quizás la restauración y recuperación de vestigios del pasado deje algo que desear, pero no somos técnicos. Mención especialísima a nuestro querido amigo y socio de la Casa, Benigno Rabaza, hijo de la localidad, por su valiosísimo aporte pictórico a la iglesia de Cantavieja, con esos dos frescos maravillosos que pudimos contemplar con deleite. Tras prolongada visita a este gran pueblo feudo que fue del general Cabrera, partimos para La Iglesuela del Cid, meta de la excursión.

No conocíamos este bello pueblo límite con Castellón, con palacios y casonas impresionantes, escudos, fachadas y pilastras datadas y fechadas en fechas antiquísimas que permanecen con toda vitalidad. Aquí se observa mucho la influencia de Castellón, sin que por ello desmerezca el buen hacer de sus gentes por conservar el pueblo limpio y bello. Una proliferación de puertas de madera iguales, de influencia levantina nos llamó la atención, constituyendo un detalle de muy buen gusto y que demuestra una preocupación y deseos generalizados por imitar lo bien hecho y seguir una conducta que solo elogios y felicitaciones puede prodigar.

El regreso

El retorno a Zaragoza lo hacemos por tierras castellanenses, que no podemos distinguir hasta bien adentrados en esta vertiente del Maestrazgo. Si acaso contemplamos una mayor cantidad de pinos, que por cierto conservan una mayor lozanía que otros vistos por la mañana, llenos de procesionaria y casi pelados, por motivos ignorados, aunque de ello se hable.

Nos dirigimos a la ermita de Nuestra Señora de la Balma, que

después de gran trecho y de sufrir equivocaciones por malas señalizaciones, contemplaremos allá abajo o allá arriba, según se mire. Vamos a ver esa gran cavidad en la roca, de cuya historia poco sabemos, ni nos han sabido dar noticias, ni hemos podido comprar recuerdo impreso por estar en lengua valenciana; lo que supone un increíble desprecio al castellano-parlante y una cortedad y miopía impresionante por los responsables turísticos. Se ve cada cosa...

Es ya tarde y abandonamos este Maestrazgo inigualable, para visitar de paso Mas de las Matas y Calanda, dos localidades laboriosas y ricas y por una carretera ya muy mejorada regresamos a Zaragoza. Con el convencimiento del deber cumplido al enseñar a estos paisanos nuestros de Zaragoza otro trozo de Teruel que tanto les ha gustado. Si quisiéramos y aunque somos pocos, algo más podríamos hacer porque Teruel y Aragón entero no se fuese de las manos.